

acomodaticia o simplemente ensimismada, la referencia al mensaje y al ejemplo de Alfonso Reyes también será inevitable, y valdrá como una orientación y una fuerza de benéfico influjo en la hora de lucha y de prueba de quiénes, para bien o para mal, luchan sólo, y trabajan, con las armas del espíritu.

Así, en última instancia, concebimos y presentamos la vida, la obra y la persona de este mexicano, de este hispanoamericano universal, y así queremos evocarlo: personalidad apolínea que no requiere pedestal ni paramento, sino la radiante compañía de su arte y la serena luz de su noble, atrayente y creadora humanidad.

Raimundo LAZO.

Academia Cubana de la Lengua.

La Habana, 19 de noviembre de 1954.

### EL MENSAJE DE UN GRAN HUMANISTA

Desde las tierras en donde lo heroico se identificó con la profundidad del bello pensar y de la belleza creadora en las artes más inconfundibles por su recia y auténtica personalidad, nos llegan los ecos de una fiesta honrosa para la cultura del pueblo que sabe sustentarla.

México, al discenir, hace apenas contadísimos meses, la más alta distinción nacional a figuras tan nobles de sus progresos espirituales, como son Alfonso Reyes, el humanista y Alfonso Caso el doctísimo investigador científico, ha sabido valorar lo que el esfuerzo de la inteligencia representa para la nacionalidad como expresión de sus más altos prestigios en el mundo.

Y en este caso señalado la distinción fue unida a la compulsiva severa de una empresa cultural que desde hace ya veinte años viene proclamando con sus pulcras y apreciables ediciones el magnífico estado de adelantamiento que las artes gráficas han conquistado en el presente medio siglo. (1)

Todo vino a resultar así un triunfo armonioso de lo mejor: por un lado el reconocimiento nacional para dos preclaras inteligencias y por otro la reafirmación de las altas y claras finalidades con las que el libro sale de sus prensas para llevar, especialmente a la América, el mensaje henchido de promesas lindantes con la más fecunda realidad.

#### *El mensaje de Reyes*

Cuánta impropiedad habría en pretender tejer en un artículo periodístico, la corona del insigne mexicano, cuya vida admirable de estudioso corre tan bella como paralelamente a su insobornable conducta cívica.

(1) "Fondo de Cultura Económica". Editorial mexicana, fundada en 1934.

A la gravedad de la tarea se agregaría, desde luego, la escasez de las fuerzas con las cuales poder decir de Alfonso Reyes cuánto representa para la cultura americana, especialmente.

Hemos dicho de él que es un estudioso de incansable dedicación; pero es que él es también un admirable creador que, sabe embellecer las cosas sobre las que detiene su pensamiento.

Hombre de América por la importancia de su obra y por el personal conocimiento que posee de sus pueblos, le debemos la noble cordialidad de su palabra, pronunciada en ocasiones varias y destinada a señalar a los argentinos lo que él ha hallado en este pueblo, su simpatía y sus esperanzas.

Hombre de América y hombre universal por la hondura y amplitud de su pensamiento, asciende la cuesta de la vida y, al preguntarse con la límpida blancura de su alma, que viene tras de sí, se reconforta, y es porque sabe que hay una juventud generosa y alerta, consagrada y decidida que ha de mantener triunfante y encendida la grande antorcha.

Por eso sus palabras, en la hora del reconocimiento nacional para su obra, son para la juventud, a quien desde ya, confía la misión augusta.

Después de expresar que la profunda gratitud y la alegría con que recibe este premio sólo se enturbian por la angustiosa pregunta que él mismo se hace, sobre si realmente habrá sabido merecerlo, agrega: "No lo digo por obvias razones de modestia que, en mi caso, caen por su propio peso, no. Mi duda tiene mayor alcance. La calibración y medida de los méritos literarios no pueden ser exactas. Ahí está la historia de la crítica para desengañarnos. El propio Cervantes comenzó a ser apreciado en el extranjero antes de serlo en su propia patria, cuando hoy se lo tiene por el más alto representante del genio y la índole españoles; y además, nunca llegó a conocer en vida la fama de que hoy disfruta su obra".

Dijo, a continuación de enumerar otros elocuentes casos, que no hacía falta multiplicar ejemplos. "La gloria es inestable y voluble. Cuando se celebra tal o cual centenario, el festejado pasa durante un mes por el mayor poeta del mundo y luego se lo vuelve a olvidar durante cuarenta o cincuenta años. Hay que saber afrontar estas desdichas inherentes a la posteridad. Y si ello acontece con los grandes maestros ¿Qué no sucederá con los pobres oficiales y humildes aprendices a cuya orden pertenecemos? . . . "Entonces ¿cuál puede ser la explicación de este premio? Varias veces me he visto en el trance honroso de explicarme al respecto: acaso habéis querido compensar de algún modo la lealtad a la vocación que pronto cumplirá, en mi caso, cincuenta años de ejercicio público. Hace mucho tiempo, y siendo estudiante de la Preparatoria, dije en un discurso a mis compañeros: "Tened un ideal, tened una aspiración y, si los vais satisfaciendo durante toda vuestra vida ya habréis encontrado la razón de vivir". Hoy puedo repetir estas palabras sin cambiar una sola tilde. Mi ideal ha sido siempre el mismo; mi aspiración nunca ha vacilado. En varias ocasiones confesé que el escribir es para mí un modo de respiración. El inconexo espectáculo del mundo provoca en nuestro sensorio reacciones también inconexas, y parece que, para quienes padecemos esta inclinación imperiosa, toda esa maraña solo se organiza, zurce y cobra sentido a punta de pluma. Claro es que la firmeza en la vocación puede no acompañarse de una verdadera excelencia: la intención suele ser mejor que el resultado. En todo caso, la vocación es la única virtud estable, objetiva, capaz de ser valorada y juzgada con cierta garantía de permanencia. Es la única condición literaria que se acerca a la virtud moral. Si, pues, eso es lo que habéis querido premiar, lo acepto sin empacho; y no por mí, sino por el ejemplo y estímulo que significa para las generaciones que nos siguen, tantas veces distraídas hoy por tentaciones que las alejan de los puros estudios y hasta por bastardos intereses".

"La literatura, la poesía —dijo en otro pasaje de su inspirada oración don Alfonso Reyes—, son como una vasta investigación en

busca de la conciencia nacional, encaminada a dar al ser mexicano mayor vinculación con la tierra y un apoderamiento mayor sobre las realidades del mundo. Premiar, pues, la obra de un escritor es robustecer en cierto modo el alma mexicana”.

*Señalando la misión a la juventud*

“Y ahora, dijo el gran escritor, quiero hablar con los jóvenes. Yo también lo fui y también luché y sufrí en el asalto a ese castillo de amor que es la poesía.

“La adusta perfección jamás se entrega, y el secreto ideal duerme en la sombra. Yo también me he quebrado alguna vez la cadera contra el Angel de Dios, a lo largo de temerosas noches de duda y desesperanza, para amanecer al día siguiente con la sensación jubilosa de que la naturaleza toda al fin me entregaba sus secretos. No me arrepiento de mi oficio, a pesar de sus contratiempos y torturas. Todo halla compensaciones en el júbilo de la creación. Este veterano que aquí os habla os aconseja que persistáis. El don de admirar la belleza y de engendrar en la belleza, es el más alto don concedido al hombre.

“Pronto he de recoger mi barco en la atarazana, y os dejo esta palabra de aliento. Defended, contra las nuevas barbaries, la libertad del espíritu, y el derecho a las insobornables disciplinas de la verdad. A mi me ha tocado llegar unos minutos antes, sólo para abriros la puerta: a vosotros, bravos cachorros, alumnos inquietos de las Musas, a vosotros el porvenir y el triunfo”.

Así habló desde México un gran maestro y el maestro de una gran generación.

Es el mensaje para la juventud de su patria y de su América. Yo solo he querido reproducirlo, cual una caja de resonancia, para que lo escuchen muchos más.

F. JURADO PADILLA.

*La voz del interior.* Córdoba, Argentina,  
Diciembre 3 de 1954.

*LA GENERACIÓN DEL CENTENARIO*

Durante el primer siglo de vida como nación independiente, México no logra establecer una cultura que pueda llamarse propia. \* Esta tarea estaba reservada para un grupo de jóvenes que, precisamente cien años después de que México comenzó a luchar por su independencia, se reúne para formar el ya famoso Ateneo de la Juventud. El objeto primordial de esta generación del Centenario, en la cual figuran filósofos, poetas, críticos, novelistas y artistas, era el de evaluar la filosofía predominante entre los intelectuales y los hombres de estado de la época porfiriana, y el de formular un nuevo programa que sirviera para fijar el derrotero que había de seguir la cultura mexicana.

Por lo general se cree que el renacimiento cultural del México de hoy es el resultado de la revolución política de 1910. Sin embargo, sería más acertado decir que la revolución política fue el resultado de las actividades de este grupo de jóvenes, que comenzaron a reunirse antes de que estallara el conflicto armado. Pasamos a pormenorizar.

El régimen político de Porfirio Díaz (1876-1910) coincide con el predominio, en la vida cultural, de las ideas positivistas y científicas que habían sido implantadas por el doctor Gabino Barreda, reorganizador de la Escuela Nacional Preparatoria, plantel donde se formaron los profesionales, los maestros y los políticos de las siguientes generaciones. Las teorías pedagógicas de Barreda excluían la enseñanza de todo lo que no pudiera ser explicado satisfactoriamente por la razón y por la ciencia. Los estudios de las humanidades quedaron en segundo plano.

De 1892 en adelante la vida intelectual y política de México es completamente dominada por el grupo llamado los *científicos*, grupo plutocrático al cual pertenecen Bulnes, Limantour, Baranda y

\* An address given at a meeting of the Mississippi MLA in Jackson, 18 March 1954, in conjunction with the 68th Annual Convention of the Mississippi EA.

Sierra. Comenzando en 1901, la influencia de don Justo Sierra (1848-1912) sobre la vida intelectual del país es absoluta. Para esa fecha, sin embargo, ya comenzaba a modificar su pensamiento, retirándose poco a poco del concepto rígido y estrecho del positivismo. El rompimiento definitivo tuvo lugar la noche del veinte de junio de 1908, noche en que pronunció un discurso condenando el positivismo oficial. "El crítico, el historiador, el maestro —observa Antonio Caso— nos arrancaba nuestra fe positivista. El fetiche endiosado por Barreda se juntaba, en el panteón de la historia, con los otros ídolos rotos . . . Iniciábase una época de la ideología mexicana. La nación, primero devota del jacobinismo del 27, luego positivista con Barreda, seguiría a Sierra en su escepticismo". (1)

Una vez que Sierra hubo expresado en público su nuevo modo de pensar, fácil fue para los discípulos aplicarse al estudio de otros filósofos que no fueran de la escuela de Comte y Spencer. He aquí como iba formándose la generación del Centenario: "En nuestra casa y compañía —relata nostálgicamente el mismo Caso— don Pedro Henríquez Ureña, don José Vasconcelos, don Alfonso Reyes y don Martín Luis Guzmán, el último, entonces, en su primera juventud, leíamos y comentábamos a Kant en el texto de Perojo". (2) Tras de estudiar a Kant, siguen estos jóvenes con el estudio de otros filósofos, sobre todo aquellos que, como Bergson, James y Boutroux, representan el resurgimiento espiritual europeo.

Mas un poco antes de que don Justo Sierra rompiera oficialmente con el positivismo, ya un grupo de jóvenes literatos comenzaba a reunirse en torno a la revista *Savia Moderna*, revista fundada por Alfonso Cravioto (nació en 1883) y Luis Castillo Ledón (nació en 1879) en marzo de 1906, y en la cual colaboraban aquellos nuevos escritores no conformes con el positivismo en filosofía ni con el modernismo en literatura, y que más bien tendían a seguir las ideas expuestas tan brillantemente por Rodó en su *Ariel*, pues todos ellos estaban de acuerdo en que la vida espiritual debía predominar sobre la vida material. Cravioto, oriundo de Pachuca, se había inscrito en la Escuela Nacional de Jurisprudencia, en donde estudió con profe-

sores de orientación positivista. Al dejar la escuela se dedicó por completo a la literatura. Su contribución a la generación del Centenario consiste en haber dado al grupo de jóvenes literatos y artistas la oportunidad de expresar sus propias ideas en la revista que fundó. De allí surgió el Ateneo de la Juventud. Entre este grupo de nuevos escritores encontramos a los poetas Rafael López, Manuel de la Parra, Eduardo Colín y Roberto Argüelles Bringas; a los prosistas Ricardo Gómez Robelo y Jesús Acevedo; a los filósofos Antonio Caso y José Vasconcelos, y a los críticos Alfonso Reyes y Pedro Henríquez Ureña.

El director de este grupo de jóvenes, que tan importante papel había de desarrollar en la historia de México, era el maestro Antonio Caso (1883-1945). Oriundo de la ciudad de México, hizo sus estudios en la Escuela Nacional Preparatoria, interesándose desde entonces en la filosofía. En la Escuela de Jurisprudencia hizo su carrera de Leyes, pero sin dejar los estudios filosóficos. Al comenzar a enseñar esta materia en 1909, tuvo oportunidad de exponer sus ideas y desde entonces se convirtió en el alma del grupo que había de llamarse Ateneo de la Juventud, y después Ateneo de México. Por esa época organizó una serie de conferencias filosóficas, en las cuales afirmó su oposición al positivismo, apoyándose en las teorías expuestas en el libro *El concepto de la ley nueva* de Boutroux, cuya traducción había hecho él mismo.

Mas no hay que pensar que Caso y sus compañeros en el Ateneo aceptaban las ideas filosóficas extranjeras sin pasarlas por el cedazo de la crítica para adaptarlas a la realidad mexicana. "Imitar —dice Caso— si no se puede hacer otra cosa; pero aun el imitar, inventar un tanto, *adaptar*; . . . ¡Más nos habría valido saber lo que hay en casa que importar del extranjero tesis discordantes con la palpación del alma mexicana! El verdadero redentor no es el iluso que desconoce el suelo donde pisa, sino el sabio que combina lo real y lo ideal en proporciones armoniosas". (3) He allí las bases sobre las cuales se desarrolla el programa del Ateneo de la Juven-

tud: primero, conocer la realidad mexicana; luego, crear una cultura original, pero sin rechazar lo extranjero que pueda ser adaptado al ambiente mexicano. A Antonio Caso se debe el gran interés que despertó en México el estudio de la filosofía. "Sus cátedras eran —dice Samuel Ramos— la gloria de la Universidad de México y pronto trascendió su fama de los escolares al público no universitario . . . Era Caso un consumado maestro para exponer las ideas con diáfana elocuencia". (4)

El otro filósofo de la generación del Centenario es José Vasconcelos (nació en 1881). Si Caso se orienta hacia la enseñanza universitaria, Vasconcelos, en cambio, es atraído por la acción política. Aunque también es antipositivista, no acepta del todo las ideas de los espiritualistas franceses. Vasconcelos va más allá, encaminando su filosofía hacia un concepto místico de la vida, en el cual se le da preferencia a los valores estéticos. En "la batalla filosófica contra el positivismo —nos dice— el abanderado fue siempre Caso y nuestro apoyo Boutroux. El libro de éste sobre la contingencia de las leyes naturales, hábilmente comentado, aprovechado por Caso, destruyó en un ciclo de conferencias toda la labor positivista de los anteriores treinta años. No puedo decir que a mí también me impresionara el libro de Boutroux. Negativo en sus conclusiones no me importaba gran cosa el problema de si las leyes de la ciencia eran simplemente sumas de experiencias o coincidían con la necesidad lógica; lo que yo anhelaba era una experiencia capaz de justificar la validez de lo espiritual . . . De aquí la doble dirección del movimiento ideológico del Ateneo. Racionalista, idealista con Caso, antiintelectualista, voluntarista y espiritualizante en mi ánimo". (5)

Vasconcelos se había unido al Ateneo desde que el grupo se reunía en el salón del Generalito de la Preparatoria; pero también fue el primero en dejarlo para tomar parte activa en la Revolución de 1911. Su actuación en el Ateneo, según sus propias palabras, fue siempre mediocre. "Lo que yo creía tener dentro no era para ser leído en cenáculos, casi ni para ser leído". (6) Sin embargo, en 1910

dictó la conferencia *Barreda y las ideas contemporáneas*, en 1916 publica su *Pitágoras*, una teoría del ritmo, y en 1918 *El Monismo Estético*. Su mayor contribución al pensamiento hispanoamericano es, sin embargo, su concepto de la raza cósmica. Vasconcelos propone la independencia intelectual del hispanoamericano por medio de la creación de una filosofía propia.

Si Caso y Vasconcelos son los filósofos de la generación del Centenario, Henríquez Ureña y Reyes son los representantes del humanismo. Pedro Henríquez Ureña (1884-1946), dominicano, fue quien organizó al grupo de jóvenes que se reunía para sus conferencias en la Preparatoria en "Ateneo de la Juventud". En filosofía, Henríquez Ureña se anticipa a Caso en rechazar el positivismo. "No cabe duda —escribe Samuel Ramos— que las conversaciones socráticas de aquel joven maestro y la información que trajo a México de las nuevas corrientes del pensamiento hicieron cambiar la posición de Antonio Caso, y a través de éste todo el rumbo de la enseñanza filosófica en México" (Ramos, p. 132). Más interesado, sin embargo, en las letras que en la filosofía, Henríquez Ureña se dedica a las investigaciones literarias, publicando con la colaboración de Rangel y Urbina la ya clásica *Antología del Centenario*. Más tarde, sus estudios sobre Ruiz de Alarcón facilitaron el que México pudiera reclamar a este dramaturgo. El paso de Henríquez Ureña por México, según el joven crítico José Luis Martínez, "fue singularmente provechoso para nuestro desarrollo cultural y a su magisterio deben con largueza muchas de las personalidades del Ateneo: José Vasconcelos, Alfonso Reyes, Enrique González Martínez, Ricardo Gómez Robelo, Jesús T. Acevedo y Julio Torri". (7) México tiene con Henríquez Ureña una deuda de gratitud y de agradecimiento.

Caso, Vasconcelos, Henríquez Ureña y Alfonso Reyes (nació en 1889) son las cuatro columnas sobre las cuales descansa el Ateneo de la Juventud. La actuación de Reyes, como la de Vasconcelos, se ve interrumpida; mas no, como la del filósofo, por haberse lanzado al conflicto armado, sino por haber pasado a Europa, don-

de residió por larga temporada. Reyes participa en las conferencias de 1910 ofrecidas en los salones de la Escuela Nacional Preparatoria y dicta varias de ellas. Al año siguiente publica sus *Cuestiones estéticas*, que ya indican el rumbo que ha de tomar en el futuro. Desde entonces, su labor literaria en el campo de la crítica de las literaturas clásicas y modernas ha sido constante y sostenida. Siendo su primer amor el estudio de las humanidades, su influencia entre los jóvenes literatos ha resultado en un renacimiento cultural orientado hacia este importantísimo aspecto de los estudios universitarios. Reyes es, además, gran poeta y el más grande prosista de su generación.

Además de los anteriores, pertenecen a la generación del Centenario dos escritores que se unieron al Ateneo de la Juventud después de que ya estaba formado: el poeta González Martínez y el ensayista Julio Torri. Enrique González Martínez (1871-1951), que había estudiado y practicado medicina en la provincia, pasa a la Capital en 1911 e inmediatamente se asocia al Ateneo, habiendo simpatizado con las ideas de los jóvenes que lo componían. Así como Caso y Henríquez Ureña dieron el tiro de gracia al positivismo, así González Martínez dió por tierra con el modernismo; su ya clásico *Tuércele el cuello al cisne* (1915) marca un período en la poesía hispanoamericana. De allí en adelante el género se orienta hacia los rumbos que le señala González Martínez.

En cuanto a Julio Torri (nació en Saltillo, Coahuila, en 1889), su caso es excepcional. Por el espíritu, es el menos ateneísta del grupo. Se distingue no tanto por la novedad de sus ideas, cuanto por la bella forma de su prosa. Según juicio de Alfonso Reyes, Torri compuso algunas de las mejores páginas que se escribieron entonces; es de lamentar, sin embargo, que su producción haya sido tan escasa: un tomo de *Ensayos y poemas* (1917).

Aunque, como ya vimos, Martín Luis Guzmán participaba en las juntas del Ateneo, su actuación durante los años de apogeo del grupo fue bien pequeña, debido, como en el caso de Vasconcelos, a

su activa participación en la Revolución. Su producción literaria pertenece a la generación siguiente.

¿Cómo es posible —podríamos preguntar— que un grupo tan heterogéneo de literatos y filósofos pudiera formar una asociación tan homogénea como lo fue el Ateneo de la Juventud? Esto era debido a que tenían un propósito fijo: acabar con el positivismo. Todos ellos eran antipositivistas, anti-Bulnes (representante por excelencia de los *científicos*) y antimodernistas. Mas no era esta actitud negativista lo único que daba homogeneidad al grupo. Contaban con un programa de acción bien articulado; primero, conocer la realidad mexicana; luego, crear una cultura mexicana, y por último dar a conocer esa cultura, con el objeto de elevar el nivel cultural de la nación. Con este propósito, se estableció en 1912 la Universidad Popular, institución que llevaba la enseñanza universitaria a las masas. El método consistía en dictar conferencias en lugares donde se reunieran los trabajadores, organizar visitas a museos y plantear excursiones a lugares históricos.

La destrucción del positivismo es la contribución de mayor importancia de la generación del Centenario; mas no es la única. De gran valor también, sobre todo para las generaciones que se le siguieron, fue el haber iniciado en la juventud mexicana el sentido de la austeridad intelectual, sentido que había faltado a los modernistas, dados a la bohemia. La generación del Centenario se impuso una rígida disciplina mental y moral. Todos ellos estaban de acuerdo en que la juventud mexicana necesitaba disciplina mental. Y, por último, la generación del Centenario asentó las bases sobre las cuales se había de levantar la revolución social que cambió el derrotero del hombre y la vida en México. La crítica está de acuerdo en que la generación del Centenario es uno de los grupos de escritores más valiosos que han tenido las letras mexicanas.